

# FILOSOFÍA EN LAS BARRICADAS

**Oswaldo Gómez Leo**  
**Filósofo**

*Lecciones filosóficas del Mayo del 68 francés. Un episodio de la historia que cambió paradigmas.*

La revolución cultural tomó por asalto al mundo en el Mayo del 68 francés. En el momento y el lugar indicado, la Universidad de la Sorbona en París vio conmoverse los sillares de una tranquila superación de la segunda posguerra mundial. El último medio siglo XX veía avanzar con la Guerra Fría, los intentos sutiles de dirigir autoritariamente las aspiraciones íntimas de libertad. Notables filósofos como Sartre, Marcuse, Horkheimer, Berlín, Habermas mientras llamaban al diálogo, advertían sobre los tentáculos hegemónicos de una derecha conservadora que ahogaba las grandes conquistas del espíritu.

Irrumpe el posestructuralismo como una contestación a los justificadores del sistema, a la muerte de las ideologías y las utopías de paz que resistían al certificado de defunción. Entre las barricadas, los jóvenes alentaron un tipo de pensamiento contestatario a la estructura vigente: el derecho de soñar, el debate de ideas sin censuras, la abolición del principio de autoridad universitaria, el papel protagónico del caos y la agitación política, la incidencia del pensamiento joven sobre la realidad social, quienes planteaban soluciones nuevas a la marginación y el hastío de lo cotidiano.

La eventualidad del elemento popular atraía cierto aire de familia con manifestaciones románticas de otras revoluciones francesas, el turno lúdico de pensar y actuar por sí mismo –como generación relegada–, capaz de morir antes que claudicar, de incidir en las progresiones del poder real, de reinventar contenidos semánticos a la filosofía escrita en improvisadas paredes, incidencias contundentes del cascote y las bombas incendiarias, capaces de modificar la realidad más allá de las palabras, subvirtiendo lugares comunes como estado, autoridad, ley, saber, libertad.

Al parecer, fueron los intentos de separar los laos entre hombres y mujeres, más allá de lo estrictamente académico en el recinto universitario, lo que encendió la mecha revolucionaria. Una imperdonable injerencia de la autoridad universitaria sobre la libido desató consecuencias insospechadas: puso en evidencia los estrechos márgenes mentales de una ortodoxia asfixiante. Por otro lado, el masivo y espontáneo apoyo

obrero en paro, que desbordó entusiasta el inmovilismo del partido comunista francés, puso para siempre en duda su carácter revolucionario y más bien contemporizador con el establishment.

### **Consecuencias éticas, estéticas y subversivas**

En el Mayo francés convergieron problemas y contradicciones que adquirieron posiciones de escuela, por ejemplo, las tensiones entre ontología (herederas del existencialismo heideggeriano y sartriano) y subjetividad del lenguaje y la praxis política (crisis de las certezas del yo y la identidad), el foco puesto en el sujeto social consciente de opresiones reales o imaginarias, dispuesto a liberarse por fin, más el aporte de Ranciére y el papel de los excluidos en la aritmética de la cuenta política. Los datos económicos de una inconformidad no solo material, sino del espíritu trajeron al tapete los intentos de pensar el marxismo desde estrictas elucubraciones científicas, como en Louis Althusser. Llevaron a pensar en nuevos modos de plantear la dialéctica, tal como lo hacía la Escuela de Frankfurt, con Max Horkheimer, y el adalid del Mayo francés: Herbert Marcuse. En las innovadoras concepciones de Deleuze sobre la diferencia y la inevitables paradojas lógicas introducidas por Gödel y los físicos cuánticos al pensamiento.

Las reacciones divergentes tuvieron consecuencias éticas, estéticas y subversivas. La sociedad empoderó a esa juventud rebelde capaz de imaginación creadora más allá de los estereotipos del modelo conservador. Divisoria de aguas generacionales que devinieron en un posicionamiento académico de vanguardia de los Daniel Cohn-Bendit, Michel Foucault y Jacques Lacan, resignificando el papel del poder y la imaginación, de la irracionalidad como parte de una razón reconciliada con los aspectos emocionales del ser pensante.

Se estableció de nuevo el humanismo de una suerte de “susplicia del espíritu”, indómito a todo intento coactivo y violento, sensibilidad de última, acorde a una vanguardia estética de una imposible utopía, sino de un vigilante presente de luchas y conquistas. Actitud entre sospechosa y complaciente con las nuevas adquisiciones técnicas de la humanidad, incapaces de brindar desde las grandes ideologías, la satisfacción hecha añicos, tantas veces, falsamente prometida.

La pretendida efervescencia llegó a su apogeo al mes y para fines de junio de 1968, la experiencia carnavalesca llegó a su ocaso. Entre cafés apedreados y autos incendiados, apresamientos y hechos de sangre, llegaba la calma de conquistas y

compromisos, de pactos y treguas. Los padres rogando a sus hijos terminar con éxito sus estudios a fin de año lectivo y la figura patriarcal de Charles de Gaulle, héroe de la Segunda Guerra Mundial, trayendo el burgués manto de armonía y orden social.

Fin no menos ignominioso y lleno de contradicciones que dio que hablar. Evenementiel, acontecimiento histórico cuya brecha se cerraba para ser parte del estudio de la historia pasada, brecha, hendidura, fiesta abierta a mil interpretaciones y disparador no menor de tantas manifestaciones del saber poder como le llamó Foucault. Apertura y cierre temporal capaz de envolver y encerrar las energías dormidas y subvertidas de toda certeza y basamento confiable. Explosión de movimientos sociales y de “ismos”, multiplicidad emergente de reivindicaciones obreras, estudiantiles, feministas, étnicas y lingüísticas.

No otra cosa interpretó el psicoanalista francés Lacan sobre el poder de la revolución. Para ello, en una de sus clases parisinas, aplicando su simple sentido etimológico, descubrió su verdad profunda: revolución no es sino –desde un punto de vista astronómico- el retorno de un astro sobre su órbita. Preguntando sobre “qué es lo que retorna?”, su respuesta inmediata no fue la paz, sino la violencia, teorizando con esta respuesta, “el retorno de lo reprimido”, de Freud. Por tal motivo, se le acusó de defender un psicoanálisis no revolucionario. Lacan dijo siempre preferir como acepción alternativa, la palabra subversión, con lo cual, le imprimía un vuelo improvisado a lo que otros teóricos querían otorgar una precisión científica y seguridad de ley constante e inexorable, con lo cual, se dejaba sin explicación las contingencias y concomitancias multifactoriales imprevisibles de toda auténtica revolución. Su respuesta, una más entre tantas ensayadas, contiene el meollo esencial del mayor francés y de cualquier revolución: todo orden social es imperfecto y perfectible, solo capaz parcialmente de contener lo real no imaginable ni simbolizable. La realidad representa ese acuerdo social efímero y contractual, cuyos filamentos cristalinos vacilan entre firmes y provisionales. Ese acuerdo aquietta una temible e irracional violencia (entropía y latente destrucción de Freud llamó Tánatos), que a toda costa, las estructuras del sistema, para perpetuarse, intenta ahogar, aplacar, extinguir sin éxito, y cuyos síntomas indómitos, muchas veces, dichas estructuras ignorar y tratan de apaciguar con más orden, ley, instituciones y medios disuasivos –coercitivos- a su manifestación y canalización, terminan trágicamente por disolver civilizaciones enteras o llevar al ocaso una era, o un orden social dado. Mensaje inquietante para nuestra reflexión actual como paraguayo: ¿Qué margen de escucha le damos a la violencia social latente y reactiva? ¿Qué

condescendencia al Eros de la justicia y la humanidad a tanto malestar? Respuestas siempre aplacadas por tecnócratas del orden con más y más medidas de derecha, parches ofensivos más que válvulas de alivio, ignorantes de su magma incandescente presionando por liberarse y destruir con violencia igual y contraria sus cimientos y taludes.

*Fuente: Diario Ultima Hora. Correo Semanal. Aniversarios. Asunción. Sábado 26 de Mayo de 2018. Pág 4.*